

Guillermo Köhnenkamp

Historia amarilla

I



POR las noches, después que cerrábamos, a las 11 justas, si algún coche no venía a esa hora precipitada a pararse ante nuestra puerta, el Viracho y yo apagábamos las luces de la tienda, y nos íbamos por el depósito de los ataúdes baratos, al taller del fondo, donde siempre había trabajado hasta esas horas un carpintero gordito, el maestro Simón González, especialista en la confección de ataúdes finos, ochavados, y de urnas «importadas». Al vernos, el maestro González dejaba el escoplo, se sacudía las virutas, y encendiendo un cabeceado tacneño, se disponía a irse.

Era entonces cuando el Viracho, escurriéndose por entre los bancos de los carpinteros, se iba muy despacito hacia el otro lado, hacia el tabique que separaba el taller, de la casa vecina. Ahí se quedaba escuchando, pegada la oreja a la madera, mirándonos en tanto muy

bobaliconamente. Y gritaba, en seguida, con grito sorprendente, por una y dos veces:

—¡Llo-lí-ko lan-cháa pa-thé, vecino! llo-lí-ko lan-cháa pa-thé!, o algo parecido. ¿Qué decía? El decía que eso era, en chino, un insulto muy grande, algo feo y sucio, por lo que no voy a traducirlo; algo así como esas «rendidas» que suelen echar los cargadores en el puerto. Y así debe de haber sido, seguramente, porque acto seguido se armaba un grande alboroto en el tugurio del lado, con chillidos y exóticas imprecaciones, que, por supuesto, tampoco entendíamos, al mismo tiempo que amagaban el tabique a fuertes golpes.

—¡Vos, compale, coméle latón!... ¡Llo-lí-ko lan-cháa pa-thé!, les gritaba aún el Viracho, viniéndose prudentemente hacia nosotros.

Celebrábamos con grandes risotadas, al principio; pero después nos quedábamos en silencio. A mí me daba miedo; porque pensaba en todas esas caras oblicuas que desde la primera madrugada hasta la última hora de la noche veía entrar y salir por el largo y lóbrego pasadizo de la casa del lado. Nadie sabía lo que había en esa casa. Algunos decían que eso era un fumadero de opio; otros, algún garito, u otra cosa peor.

—Estaban soñando, los compales, y los desperté,— decía al fin, riéndose muy ufano, el Viracho.

El maestro González se ponía la chaqueta, y le auguraba, entre sonriente y serio:

—Algún día no más te van a hacer pasar un susto

grande, los chinos. Mira que son vengativos . . . y comen hasta ratones . . .

Después que el maestro González se iba, el Viracho encendía un fuego, con virutas y puntas de tabla, en el calderillo de hojalata donde los carpinteros calentaban la cola, y ahí ponía agua a hervir. Nos sentábamos en cualquier parte, esperando que hirviera el agua en los tarritos de duraznos, y esperando además, otra cosa. Y esa cosa era un olorcito tibio y goloso que venía reptando e infiltrándose por entre las rendijas de los tabiques, desde la panadería de la vecina calle de Serrano. Entonces, al grito de: «¡Ya salió, el pancito!», el Viracho se paraba de un salto, hacíamos una rápida y dolorosa sangría a nuestros bolsillos anémicos, y el muchacho se iba con tres monedas, dos de veinte centavos y la otra de cinco, a comprar pan y café.

Nos tomábamos, casi al dar las 12 de la noche, una jarrada cada uno, de un café bien caliente y sin colar. Y mirándonos recíprocamente, devorábamos los opíparos cuarenta centavos de pan, suficientes para haber hartado, bien hartos, a un par de barreteros de la pampa. Y, mientras comíamos, y bebíamos el café oloroso, conversábamos, el Viracho y yo.

Conversábamos del terruño, y mirábamos a la vez el fuego que ardía con nostalgia en el calderillo. Yo, por supuesto, hablaba, con palabra entrecortada y húmeda, de mi tierra de lomas asoleadas; y él, chungueándose, hablaba también de la suya, de la mojada tierra de los chilotes. Porque, según lo aseguraba, él era de allá, de

la isla grande de Chiloé; y había llegado a Iquique sin saber cómo, como llegamos todos los chilenos a cualquier parte. Ahí, era barnizador y mozo al mismo tiempo; y a ratos empuñaba la muñequilla en el taller, y a ratos el plumero, o la escoba, en la tienda. Desde un principio, desde que me había ocupado ahí, «para mientras encontraba otra cosa mejor», se había burlado un poco de mí; pero me quería, y en el transcurso del día venía a cada instante a la tienda, a bromear conmigo. Se asomaba a la puerta, a mirar a mi lado, y cuando pasaba alguna chiquilla, le decía unas cosas con un despapajo muy inverso al acholo que yo deliciosamente sentía.

Después que hablábamos de las cosas lejanas, saboreábamos lo presente.

—Hoy no pasó, la Rompe-tacos,—me decía, soplando la vaharina del café, y mirándome con los burlescos ojos que se le querían trepar sobre la nariz.

Yo callaba un momento, con el sorprendido pudor de los dieciocho años. Pero después, con la fanfarronería de los dieciocho años, le aseguraba:

—Pasó... pasó cuando tú estabas adentro, repasándole el barniz a la urna de mister Lockett. Me entré cuando venía saliendo la Profesional, y me escondí en la oficina, detrás de la vidriera... ¡Vieras cómo miraba para adentro, así... como que no miraba, cuando pasó!

El Viracho sacaba su larga nariz del tarro con café, y afirmaba doctoralmente:

—¿No ve?... ¿No le decía yo que a las mujeres no

hay que aguantarles? Si ellas le dan a uno un coleo, uno tiene que . . . —se interrumpía a sí mismo, e iba a contar: —Una vez, en Punta Arenas, antes de que me viniera para el norte . . .

Pero en esos momentos solía llegar el patrón, don Agustín Barrales, un chileno, soltero, muy buen mozo, muy mujeriego, y . . . muy chileno. Es decir, muy poco asiduo a su negocio, en el que tenía, sin embargo, tanta suerte como con las mujeres. Rara vez venía a dormir a la casa, que estaba en los altos, hacia un lado, (el lado opuesto a la casa de los chinos); y cuando venía, tenía que golpear, porque la casa habitación no tenía puerta propia a la calle, y nosotros, muy juiciosamente, tranquilábamos al cerrar la puerta de la tienda. Al sentirle, yo corría hacia los altos, a mi pieza, y me desvestía a oscuras. El Viracho iba a abrir, y después volvía a acostarse a un cuartito que había abajo, al lado del taller.

II

De noche, yo tenía unas horribles pesadillas. Generalmente, a pesar de que me levantaba a las 6 de la mañana, a abrir la puerta de la Gran Empresa de Pompas Fúnebres, no podía de noche conciliar el sueño, hasta dos o tres horas después de haberme acostado. El café excitaba mis nervios, y el pan, caliente aun con calor del horno, dilatava pesadamente mi estómago. Y así, me revolvía durante largo rato en la cama, entre la pe-

sadez de la hartura y la vigilia del estimulante. Además, el miedo, el miedo solitario, me desvelaba también. Yo dormía solo, como acabo de decirlo, en los altos, puesto que el patrón, como también lo he dicho, raras veces dormía el honrado sueño de su lecho; y por las piezas abandonadas correteaban de noche los ratones, y mordían las maderas. Y de abajo, del tenebroso y pintarrajeado local con grandes vitrales alusivos a la calle, contiguo a la tienda, en el que, sobre hileras de pedestales, aguardaban «a sus dueños» esas «cosas» largas y estrechas que siempre teníamos tapadas con anchos paños de satín negro, venía a veces por la obscuridad el crujido medroso de las tablas que se desajustaban, en algún ataúd... En medio de estos temores y malestares, estrechándome contra la almohada, recordaba yo mis recuerdos, próximos y lejanos. Recordaba, en primer lugar, a la señorita Rompe-tacos, (fué el Viracho quien la bautizó con este nombre enérgico), alumna de la Escuela Profesional, que pasaba muy tiesa y campante, sin dignarse mirarme, cuando yo esperaba a que pasara, encogido y orgulloso, en la puerta... Pero un día, era verdad, había mirado, disimuladamente, es cierto; pero, por lo mismo, significativamente, a mi parecer, hacia adentro. Yo estaba en la oficinita, escondido detrás del humo azulenco y espeso de un cigarrillo Bastos, que había cogido del escritorio del patrón, y ella, la señorita Rompe-tacos había pasado taconeando muy reciamente y hurgando con el rabillo del ojo, hacia adentro... Sí; tenía razón el Viracho: a las mujeres había que...

¿qué sería lo que había que hacerles a las mujeres?... ¿Y qué iría a contarme de Punta Arenas esa noche cuando llegó don Agustín?... Ponía, en el recuerdo, un paréntesis de evocación, y me imaginaba por un momento la albísima y fabulosa ciudad austral. ¿Había estado allá el Viracho? Claro: ¿por qué no, cuando quedaba ahí no más, al lado de Chiloé? (en ese tiempo los trancos de mi juvenil fantasía eran muy largos...) y si ahora estaba en Iquique, ¿por qué no podía haber estado en Punta Arenas, que estaba tan cerca de su tierra?... Bueno; pensando, pensando, el pensamiento se me deshacía, y se alzaba de nuevo la sensible espiral de los recuerdos. Recordaba... la tragedia pasional de la calle de Vivar, donde un ciudadano griego había matado a otro ciudadano griego, y a la hija de éste, y después se había herido él, mortalmente. La hija muy bella, como una Heros, se llamaba clásicamente, Eurídice; y hasta después de mucho tiempo me parecía verla aún como la había visto por entre los policías apostados en el vestíbulo, palpitar agonizante, en el suelo, con el blanco pecho y el cuello florecidos de rosas de sangre. ¡Qué bárbaro de hombre! El asesino más acá, tendido también en el suelo, lanzaba aún imprecaciones contra el padre, ya rígido, y contra la hija agonizante, alzando dificultosamente la mano trágica. Yo, como los periodistas reporteros, estaba ahí, entonces, por razones de oficio... También recordaba una tarde en que había ido a la calle de Baquedano a cobrar una cuenta antigua. Había llamado, y abrió al rato la mampara una señora

—creo que era la mujer de nuestro deudor—muy joven y muy distinguida, y tan hermosa acaso como Eurídice. Venía enjugándose los ojos con un pañuelito blanco, de batista, bordado... ¿Por qué lloraría?... Yo, era la primera vez que veía llorar a una mujer, y como no acertaba a decirle a qué iba, ella me miraba con sus ojos húmedos, interrogándome, y oprimiendo el pañuelito en la mano... Al fin, al final, venían los recuerdos hogareños, el aroma persistente del terruño, desde donde mi madre me miraba y me cuidada con su santo pensamiento.

También tenía que preocuparme de si alguien acudía en horas intempestivas a pedir nuestros servicios. El carácter del negocio, y la competencia de otra empresa recientemente fundada, no admitían postergación ni propias consideraciones; y yo, a pesar de mi edad escasa y del poco tiempo que ahí estaba, era al fin y al cabo el representante del patrón, y tenía que atender los intereses que él no atendía, en estas ocasiones.

Y, como también lo he dicho, al día siguiente debía levantarme a las 6 de la mañana, mal dormido y, fuerza es que lo diga, mal alimentado. Es decir, no estaba mal alimentado; estaba sólo mal atendido, que, para el caso, venía a ser lo mismo. Desde afuera, desde una «casa amiga», nos traían la pensión, para don Agustín, para mí, y para el Viracho. Parece que los hábitos desordenados de don Agustín Barrales fueran causa y ejemplo para que desde la casa amiga nos mandaran el almuerzo y las comidas a horas desordenadas, a veces

fríos, y a veces con tantas salsas y cilantros, que no los podía pasar. Acostumbrado a las comidas prontas, sencillas y sabrosas, de mi casa, no podía, en realidad, comer, a esas horas perdidas. Era por eso que en las noches el hambre me ponía voraz, después de haberme puesto durante el día, nostálgico o neurasténico. Sólo durante algún tiempo, una sirvienta boliviana muy morenita, había venido desde la «casa amiga» a hacernos de comer en nuestra misma casa. La «amiga» de don Agustín Barrales venía, entonces, al almuerzo, y yo almorzaba con ellos. Ella, de cuyo nombre no me puedo acordar, tendría unos treinta años, y era bonita y picaresca. En la mesa había una botella barriguda de vino Chianti. Yo bebí al principio un poco, y no me gustó. Ella, que me había estado observando durante el almuerzo, me preguntó de pronto, a quemarropa.

—Bueno; ¿y por qué se salió usted del colegio?

Claro que no supe qué contestarle. Si me hubiera preguntado el porqué había salido de mi casa, y estaba ahora ahí, se lo habría dicho; nada tenía de particular... pero el porqué me salí del colegio, ¿qué tenía que ver con el caso?

Después me preguntó otras cosas.

—¿No tiene miedo de dormir solo, aquí arriba, encima de los ataúdes?

Demoré un poco, aun, en contestarle. —No, señora, le dije al cabo—. Ya estoy acostumbrándome...

—Abajo duerme el Viracho... —agregó don Agus-

tín, que había estado mirándonos, a ella y a mí, por bajo sus pestañas conquistadoras.

Estuvieron conversando entre ellos, y oí que hablaban de un sobrino. Ella se volvió, y me dijo aún:

—¿Le gustaría que le mandáramos una compañía?

—Depende, señora...—le contesté, pensando en un muchachote cabezudo, que había venido dos o tres veces a la tienda, a preguntar por el patrón.

Pero ella se volvió, riéndose como una chiquilla, hacia don Agustín:

—¡Mira!...—le dijo.

—Deja, mujer...—le contestó el patrón, mirándome a mí, severamente.

A los pocos días, ya no vino más la morenita boliviana, a hacernos el almuerzo, y menos don Agustín, a almorzar...

III

Una noche,—don Agustín estaba por ese entonces, y en consideración a su calidad de regidor municipal, preso «condicionalmente» por un delito amoroso, en la casa misma del alcaide de la cárcel, de quién era muy amigo—el Viracho, después de haber hecho rabiar hasta más no poder a los compales durante todo el día, había estado en la noche un tanto desganado y perezoso. Quizá sería porque esa tarde había ido, con el cochero de la carroza, a ver a unos amigos que tenía por el

barrio del Colorado. El maestro González le había dicho, encendiendo su cigarrillo para irse:

—¡Qué hubo! . . . ¿Ya les agarraste miedo a los chinitos?

Era cierto que, después que cerráramos, no les había dado las buenas noches intraducibles, a los irascibles súbditos del Dragón Alado. ¿Se habría olvidado, o sería que les estaba «agarrando» miedo, como decía el maestro González? ¡Quién sabe! . . . Lo cierto es que, sentado delante de mí con el humor alicaído, se tomó media jarrada de café, con poco más de la mitad de una marraqueta de a diez centavos. Yo, en cambio, debido a que ese día había descubierto, y declarado, acaso por la primera vez en Chile, la huelga del hambre, en protesta a la desatención creciente en las comidas, tenía una hambre enfermiza y voraz, muy digna de nuestros vecinos amarillos; y por eso, y porque no se perdiera el café que vaheaba olorosamente en el tarrito del Viracho, me lo bebí con fruición, después de haberme bebido el mío.

—Tengo más sueño que un gato . . .—dijo, sin mirarme el Viracho, alzando los hombros y bostezando.

—Bueno, pues, vayámonos a dormir, entonces, le contesté, deseando yo también irme a acostar más temprano.

Nos fuimos; él a su quartucho junto al taller, y yo a mi pieza, en los altos.

Esa noche, contra la costumbre, no me debatí entre el insomnio y el malestar. El sueño, de improviso, había

caído sobre las noctívagas cavilaciones, que ya empezaban a ratonear por mi magín, y me quedé muy pronto dormido. Estaba durmiendo con un sueño obscuro y pesado, cuando oí golpear repetidamente en la puerta de la tienda. Me vestí a medias, y bajé apresurado, deslizándome receloso por entre los ataúdes y los negros crespones para las capillas ardientes. Encendí las luces en la tienda, y abrí la puerta. Ahí, apegados al marco, dos señores estaban esperando, y en la calle, allegado a la acera, un coche esperaba a esos dos señores. Cuando entraron en la tienda, vi que ambos eran asiáticos; el uno de largo cuello, y algo jibado, con unos dientes colgando sobre el labio inferior; y el otro, chico, y magro, también. Pero vestían decentemente, y parecían empleados de alguna casa importadora de té, o acaso, agentes de emigración clandestina. Buscaban un ataúd, y los pasé al pomposo local contiguo, donde había pintadas en el vitral a la calle una capilla ardiente, al centro, y en ambos lados sendas carrozas fúnebres, con sus caballos empenachados, y su cochero de levita, y sus lacayos. Les mostré las urnas alemanas, de encina, forradas en doble zinc, y los ataúdes de imitación que hacía el maestro González. Todos con sus grandes asas, y adornos y tornillos de metal plateados. Y también, indicándoles la vidriera, les ofrecí carroza, «regia carroza de caballos cuarteados», y demás honras y servicios inherentes a nuestro ramo. Incluso también, los certificados y trámites legales de sepultación.

No me contestaban, y hablaban entre ellos misterio-

samente, martirizándome el oído con sus sílabas descuartizadas. Eligieron al fin un sólido y buen ataúd, no de los «importados» que fabricaba el maestro González, sino de los legítimos, sin esquinas. A pesar de mis ofrecimientos melosos y muy convincentes, no logré convencerles de que debían honrar a su deudo utilizando el resto de nuestros suntuosos servicios; lo que, por cierto, no dejó de extrañarme.

Cuando los amarillos dolientes se fueron, llevándose la urna atravesada en el pescante del cochero, yo me quedé en la puerta unos instantes, mirando en la noche. Por la calle lateral de Barros Arana, pasó hacia Cavanha un victoria flamante, llena de mujeres que cantaban:

«Sin patria, sin familia,
sin honra y sin hogar . . . »

Estaba aún escuchando el eco pecaminoso y lejano de la canción, disponiéndome a cerrar, cuando vi el coche,—la misma victoria, estoy seguro de ello—que, dando probablemente la vuelta a la manzana, venía por la calle de Tarapacá hacia arriba. Pasó ante mí, rozando la acera, y las señoritas alegres que lo ocupaban, estiraron los brazos, muy escotados y albos, entre las blondas y las muselinas, haciéndome señas, atrayéndome . . .

Yo me quedé clavado, mirándolas alejarse, silencioso, deseoso y temeroso . . . Después, al entrar, me consolé:

—¡Psch! mujeres de la vida!...

Y el Viracho, ¿por qué no habría venido a ayudarme, el Viracho? ¿Estaría enfermo? ¿O no me habría sentido? . . . Iba a pasar a verle. Apagué las luces en ambos locales, cuyas llaves estaban en la tienda, y me fui a obscuras por entre los ataúdes desenfundados, siguiendo instintivamente el trayecto que siempre seguía cada vez que iba a mi pieza de los altos, o hacia el interior. De pronto tropecé en la obscuridad con algo largo, duro, de nudosa punta, como la tibia de un esqueleto, y grité . . . sí, no pude contener un grito de terror. El golpe metálico del objeto al caer, me hizo reconocer que era un candelabro.

Encendí un fósforo, y me dirigí al cuartito del Viracho. Estaba al fondo, al lado del taller. Me metí por entre las maderas, andando, sin saber por qué, cautelosamente; y al pasar junto a la carpintería vi en un rincón, parado contra la pared, con la tapa abierta, el ataúd provisional en que había bajado el día antes de la Oficina Puntunchara, el cadáver de un mecánico inglés. Le llamé a la puerta, al Viracho, y no me contestó. Empujé entonces, y entré, dando vuelta al interruptor de la bombilla eléctrica. ¡Diablo! no estaba ahí dentro . . . ¿qué se habría hecho, el Viracho? . . . Tuve un escalofrío trágico, absurdo; y lleno de un estúpido presentimiento, escurriéndome de nuevo cautelosamente, me fui hacia el taller de carpintería, y miré, al frente, el tabique de los chinos. . . y en la obscuridad, vi . . . ¡claro que vi!, una enigmática y truculenta cara de ojos

largos, que miraba por un hueco en el tabique, con una mueca horrible . . .

Huí . . . huí tropezando, escala arriba, y me encerré en mi pieza . . . ¿Qué iba a hacer? . . . Ahí estuve, pronto y atento, durante un rato, temblando a cada pequeño ruido. Al fin me acosté, con la luz encendida. ¿Cómo pude conciliar el sueño? No sé . . .

IV

¿Y el Viracho? ¿qué se había hecho, pues, el Viracho? ¡Ah! esta era la historia, terrible, de su desaparición. Sencilla, pero terrible. Voy a contarla, sencillamente.

Al fondo de la casa vecina, al otro lado del tabique donde el Viracho les gritaba a los compales, aguzando malignamente las partículas, como cuchilladas: «¡Llo-líi-ko lan-cháá pa-théé!»; había, ahí precisamente, en ese patio, no un fumadero de opio, ni ninguna otra cosa, — el fumadero estaba más a la calle, casi a la entrada, en unas salas muelles donde los muelles asiáticos se tumbaban a soñar sobre unos cojines de seda, o de saten, mugrientos y desgastados —, había ahí, como digo, al fondo de esa casa, un gran sótano o recinto subterráneo, de forma cuadrangular. Escondido, disimulado bajo unas losas anchas que hacían de pavimento, ¡raro pavimento en una casa sórdida como esa! se bajaba hasta él por una escalerilla secreta, incrustada sinuosamente por

no sé dónde. Hacia el lado oeste, sobre el piso lustroso, se abría la puerta de una pequeña pagoda de porcelana roja; pero no era una pagoda del rito del buen Buda, ni lo era tampoco de la sabia doctrina de Confucio. Era más bien, un bárbaro templete de la Mongolia, en cuyo fondo, sentado con las rodillas abiertas, en un alto, y hundido en su panza, un terrífico ídolo de fauces colmilludas, tendía en una mano una gran escudilla vacía. En torno, escamosos dragones, alertas y rampantes, vigilaban hacia la puerta... ¿Qué extraños ritos se oficiaban ahí?...

Ahora, en el patio del cuadrángulo, había... una gran marmita, del grandor casi de un tonel, de un metal rojizo y reluciente, como la porcelana de la pagoda. La tapa, que estaba a una altura como de dos metros, del piso del subterráneo, era negra, y se levantaba desde abajo por medio de un largo fierro a modo de palanca. ¿Qué relación tenía, esa gran marmita, con la pequeña pagoda? ¡Quién sabe! Todos esos detalles están declarados en el sumario instruido por la justicia. Por ahora, me concretaré a la relación que en síntesis tienen con esta historia.

Yo ignoro en gran parte esos detalles... Pero, ¿cómo se descubrió entonces esa trampa, esa misteriosa fábrica subterránea?... No lo sé bien, como lo he dicho. Imaginemos que alguien, en un momento determinado, o casualmente, tocó, o pisó algún oculto resorte, al andar investigando la extraña desaparición del Viracho; y de pronto, como un gran sésamo, se abriera el pavi-

mento de losas anchas, y ante sus ojos atónitos quedara manifiesta la soterrada arquitectura del cuadrángulo. Imaginemos que fué así. Un chino muy alto y muy delgado, ¡el mismo chino que había venido la noche del suceso, con otro chino, a nuestra Empresa de Pompas Fúnebres, a buscar una urna, nada más que la urna! vestido de unas largas vestiduras amarillas, de sedas bordadas, levantaba en esos momentos la tapa de la marmita, oprimiendo, con un pie largo, calzado de una chinela, amarilla también, el largo brazo de la palanca. Debajo de la olla, en un horno de ladrillos pulidos, ardía un fuego. Al destaparse la marmita, en el preciso instante en que desaparecía la enlosada cubierta del subterráneo, quedó ante los ojos de Jacques Valladares —sí, ahora recuerdo, fué el agente Valladares quien investigó este crimen horrible y estúpido—, un líquido espeso e hirviente que llenaba la caldera, y en el cual sobrenadaban fragmentos blancos, largos, de formas acuchilladas o redondas. Se quedó, a pesar de su hábito y de su reconocido coraje, estupefacto, reteniendo el cuerpo que se le iba hacia adelante, fijos los ojos en el misterioso caldo que borbotaba dentro de la olla. El chino, sorprendido también, con los largos dientes amenazando hacia arriba, se recobró con pronta rapidez, y huyó de dos zancadas dando chillidos de alarma, al interior de la pagoda. En ese momento llegaban, de inspeccionar el resto de la casa, otros dos agentes, con uno de los cuales, ayudándose de cuerdas y otras cosas, descendió el agente Valladares al cuadrángulo. El otro,

con una pistola automática, contenía a la chusma enfurecida de los chinos, que arriba, se acercaban siniestros y amenazadores, al mismo tiempo nos ordenaba a nosotros, a través del tabique, que pidiéramos refuerzos a la Prefectura.

Nosotros salimos desahogados a la calle. El patrón no estaba; y yo mandé entonces, al Picado, a buscar guardianes. El Picado era el cochero de la carroza de primera—en esa ocasión estaba ahí, lista para unos funerales, junto a la acera de enfrente—; un hombre alto de buenas facciones; pero con un no sé qué en la cara. Ese no sé qué, serían probablemente las huellas, muy visibles, dejadas por las viruelas, y cierta huella indeterminada dejada por el aguardiente. Le decían el Picado, (creo que fué el Viracho, también, quién le bautizó tan pícaramente) y él no se enojaba, porque, si estaba bebido, suponía que la alusión era a las picaduras de su rostro, y si no estaba, la alusión podía ser a que estaba «pique», y como no era así, no le importaba. En ese momento parece que estaba en el primer caso; pero lo disimulaba con dignidad y tiesura, y además la rigurosa levita y el pomposo colero que llevaba puesto, un poco ladeado, en la cabeza, le hacían a la vez tan respetable como ornamental. A largas zancadas los faldores de la levita arrancándoseles al correr, salió por entre los curiosos que comenzaban a apiñarse ante nuestra puerta, apelando agentes y policías por la calle Tarapacá abajo. Al darse cuenta acaso de lo ridículo de su facha, el buen Picado se detuvo bruscamente en su

carrera, y dió en seguida unos saltos tan descompasados y grotescos, que la gente soltó la carcajada.

Yo volví adentro. En el taller crecía el alboroto, y algunos curiosos se habían metido hasta allí, y le indagaban a los maestros. No recuerdo como pudo haber sido, pero en un momento de excitación me metí, yo mismo, por un extraño hueco—¡ahí, ahí mismo ví la siniestra cara del chino la noche en que desapareció el Viracho!—disimulado en el tabique, y me encontré al otro lado, junto al agente que contenía a los asiáticos revólver en mano. Tampoco me acuerdo de cuándo llegaron los policías que fuera a buscar el Picado, y más agentes, y de cómo bajaron al fondo del cuadrángulo por la escalerilla secreta. Mis ojos desorbitados perseguían obstinadamente los fragmentos mondos y blanquizcos que aparecían y se sumergían en el caldo hirviente de la marmita... Sí; eran tibias, y costillas, y fémures gruesos como candelabros... ¡Quería comprender, y no comprendía!... Cuando pude arrancar la mirada de esa olla de Mácbeth, ví todo el cuadrángulo, abajo, revuelto de policías. De adentro del templete salían funestos chillidos, y aprestos descomunales, y como rugidos de dragones. Ahí, ante la dura puerta, estaba también el Picado.

—Sí, la urna!...—gritaba, con la pomposa chistera en la mano, haciendo graves ademanes—. Ahí tienen que tenerla, también... ¡La urna, con la cabeza!...

Los chinos habían enmudecido siniestramente dentro de la pagoda. Entonces el agente Valladares dió la

orden de echar abajo la puerta. «¡Tah!... ¡tah!... ¡tah!...» resonaron los golpes aunados de los hombres contra la gruesa madera, «¡tah!... ¡tah!... ¡tah!...». Yo, inclinado, hipnotizado al borde del subterráneo, miraba ahora hacia la puerta: ¿Qué cosa horrible habría ahí, detrás de esa puerta que se cerraba tan obstinadamente? «¡Tah!... ¡tah!... ¡tag!...»; ya iba a ceder. Otra vez: «¡Tah!... ¡tah!...».

Me desperté sobresaltado, sin poder darme cuenta de que estaba despierto. «¡Tah!... ¡tah!... ¡tah!...» resonaban abajo, los golpes, en la puerta de la tienda. Me levanté entonces, lleno de temores y flaquezas, y me fui a asomar por el balcón de la calle: Abajo, apoyado en el marco de la puerta, golpeando reciamente, más reciamente cada vez, estaba el Viracho...